

Presentación.

El coche de bomberos de Luis Cemuda

ENRIQUE SAN MIGUEL PÉREZ

*Catedrático de Historia del Derecho y de las Instituciones
Universidad Rey Juan Carlos. Madrid*

Jaime Salinas cuenta en sus magníficas memorias, *Travesías*, que el verano de 1949 Luis Cemuda se encontraba en Middlebury como profesor visitante, y que ambos se encaminaron a visitar a los Marichal. Cemuda decidió comprar un regalo al pequeño Carlos, quien todavía no había completado el primer año de su existencia. Y se presentó con un gigantesco coche de bomberos, el más grande de todos los que encontró en una juguetería. Cuando se dio cuenta de su equivocación, se ruborizó y presentó sus disculpas. Después, le confesó a Jaime Salinas que "de niños sé muy poco".

Cuando se contempla a los gigantescos creadores del grupo poético de 1927, inmediatamente se suscita la sensación de que, en efecto, se

trataba de talentos desbordantes y geniales. En una España cuya democracia iniciaba una nueva vida plena de expectativas, como la del pequeño Carlos Marichal, los poetas del 27 irrumpían como los generosos, exuberantes y entusiastas portadores del regalo maravilloso de sus libros, su compromiso, y su presencia en el accionar público. El regalo, el compromiso y la presencia adquirirían una dimensión avasalladora. Es posible que, también, una dimensión a veces un tanto desproporcionada, como el coche de bomberos de Luis Cernuda. Pero muy difícil es conjugar la proporción con la ilusión, la pasión, la confianza y la convicción. La alegría y la esperanza, como el talento y la creatividad, no conocen la proporción o la medida. El coche de bomberos de Luis Cernuda se convertía, diez años después del final de la Guerra Civil, en una metáfora de la capacidad de la poesía española para acudir al encuentro de la existencia que se inicia con un tierno y entregado testimonio de su adhesión al milagro de la vida que comienza.

Esa España de Luis Cernuda y de sus compañeros de generación, esa España del exilio y del enorme coche de bomberos, diría también después Jaime Salinas, fue la única España que conoció. Incluso, añade quien habría de convertirse en extraordinario editor, esa España se convertiría en "la única que fue una realidad".

Al encuentro con España y con los poetas que en 1927 se fotografiaron en toda su insolente, arrogante y esplendorosa juventud en el Ateneo de Sevilla acude *La idea de España en el grupo poético del 27*, de Claudia Gago Martín. Un libro que tiene su origen en el Trabajo Fin de Grado en Ciencia Política y Gestión Pública que redactó y defendió con brillantez en el mes de junio del pasado curso académico 2016-2017 en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad Rey Juan Carlos, obteniendo la máxima calificación.

La investigación de Claudia Gago acude a las fuentes literarias para aproximarse a la idea de España en el ámbito de la creación poética, y muy singularmente en el escenario que integran los escritores de un grupo tan feraz y, al mismo tiempo, comprometido con el proyecto de una España "de la rabia y de la idea" que ya en 1913, en *El mañana efímero*, había definido Antonio Machado, como el integrado por los jóvenes escritores de la llamada "generación del 27". Una España que se convirtió en una motivación central para Jorge Guillén, Luis Cernuda, Rafael Alberti, Vicente Aleixandre, Federico García Lorca, Rafael Alberti, José Bergamín... Una asombrosa comunidad de vocaciones por la creación en donde se integraban los no menos asombrosos talentos de jóvenes inspirados, inteligentes, cultivados y cosmopolitas, unidos en su cívico sentido de la presencia y de la participación en la vida pública y la edificación de una nueva España. Una irrepetible conjunción de itinerarios de creación a la medida de una experiencia histórica y política sin la que resultaría inexplicable la vigente España constitucional.

Disfruté del honor de participar como tutor en la elaboración de este Trabajo Fin de Grado. Y, lo que es más importante, de dialogar con Claudia y compartir una misma óptica sobre las maravillosas posibilidades que las formas de creación, y muy especialmente la poesía, abren a las Ciencias Sociales y a las Humanidades cuando el análisis científico se aproxima a materias tan sustantivas, y tan merecedoras de nuevas perspectivas, metodologías, interrogantes, hipótesis de trabajo y resultados de investigación como la idea de España. Entonces, y hoy, cuando este libro se somete a la consideración de la comunidad científica, pude constatar la extraordinaria madurez de Claudia Gago como investigadora, su equilibrio en el análisis, la claridad y agilidad en la redacción, y el profundo espíritu crítico y universitario, pero también el no menos profundo sentido cívico y del compromiso públi-

co, de una autora que atesora ya en plena juventud, es decir, cuando hay que atesorarlas, las mejores cualidades de la escritora.

El trabajo de Claudia Gago, sin embargo, no es producto únicamente del sentido de la exigencia académica, el rigor metódico, y la honestidad intelectual. Que también. En la reflexión desde el análisis que propone el libro se detecta la naturalidad que, como en una carta de 26 de enero de 1933 le decía Pedro Salinas a Katherine Whitmore, denota a la creación más joven, es decir, a la que se encuentra más cerca del «nacimiento de la vida», la que denota a la energía motriz que anima los primeros jalones de la actividad investigadora. Ese vigor que caracteriza al escritor cuya identidad se encuentra en construcción, cuya voz adquiere paulatinamente perfiles cada vez más nítidos y reconocibles. En tiempos de uniformidad mental, esos tiempos y modos que hace dos siglos detectaba ya Goethe, y que, según el autor del *Fausto*, eran "un funesto lugar común que nos inmoviliza a todos", la visión de Claudia Gago es innovadora y original.

Y precisamente con este libro la Fundación Universitaria Española, a través de su Seminario de Estudios Europeos, inicia su "Biblioteca de Jóvenes Investigadores", una colección destinada a la edición de las primeras contribuciones científicas de las más nuevas y prometedoras personalidades que, cada año, nuestra vida académica está sumando al debate público y científico. Personalidades que, en atención a sus méritos y a sus capacidades, a su talento y a su trabajo, a su esfuerzo y a su brillantez, a su cultura y su sensibilidad, representan ya una España más nueva en un mundo, como quería el Ulises de Tennyson, también "más nuevo".

Hace ahora cincuenta años Robert Kennedy publicaba su último libro. El título, igualmente inspirado en Tennyson, era precisamente *Hacia un mundo nuevo*. El senador Kennedy, apenas semanas antes de su asesinato, hace ahora también cincuenta años, mantenía que "no

había existido jamás una generación de americanos jóvenes tan esclarecida, tan bien instruida y con aspiraciones tan bien fundamentadas como la actual". Estoy convencido de que la actual generación de jóvenes españoles, formada en democracia y en pluralidad, académicamente cualificada, y que ha crecido en medio de una crisis severa y áspera, despiadada e implacable, es tan buena como la mejor de nuestra historia.

Una generación que, al igual que el Ulises de Tennyson, sabe que cuando el largo día declina, y la luna se levanta lentamente, es precisamente cuando se abre la posibilidad de navegar hasta el hogar en el que se bañan todas las estrellas del poniente. O, en vez de navegar, de desplazarse en el medio de locomoción que imaginó el talento extraordinario de un poeta sevillano. De viajar en el coche de bomberos de Luis Cernuda.

Madrid, 12 de marzo de 2018.